

y á un morillo mal nacido
 me dijeron que enseñaste
 la trenza de mis cabellos,
 que te puse en el turbante.
 No pido que me la vuelvas,
 ni tampoco que la guardes :
 mas quiero que entiendas, moro,
 que en mi desgracia la traes.
 También me certificaron
 cómo le desafiaste
 por las verdades que dijo,
 ¡ que nunca fueran verdades !
 De mala gane me río :
 ¡ qué donoso disparate !
 Tú no guardas tu secreto,
 ¿ y quieres que otro lo guarde ?
 No quiero admitir disculpa,
 otra vez vuelvo á avisarte :
 esta será la postrera
 que me veas y te hable.—
 Dijo la discreta mora
 al altivo Abencerraje,
 y al despedirle replica :
 « Quien tal hace que tal pague » .

XII

X Zaide—III

(Anónimo)

Si tienes el corazón,
 Zaide, como la arrogancia,
 y á medida de las manos
 dejas volar las palabras ;

si en la vega escaramuzas
 como entre las damas hablas,
 y en el caballo revuelves
 el cuerpo, como en las zambras ;
 si el aire de los bohordos
 tienes en jugar la lanza,
 y como danzas la toca
 con la cimitarra danzas ;
 si eres tan diestro en la guerra
 como en pasear la plaza
 y como á fiestas te aplicas,
 te aplicas á la batalla ;
 si como el galán ornato
 usas la lucida malla,
 y oyes el són de la trompa
 como el són de la dulzaina ;
 si como en el regocijo
 tiras gallardo las cañas,
 y en el campo al enemigo
 le atropellas y maltratas ;
 si respondes en presencia,
 como en ausencia te alabas,
 sal á ver si te defiendes
 como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 como lo está el que te aguarda,
 algunos de tus amigos
 para que te ayuden saca.
 Que los buenos caballeros,
 no en palacio, ni entre damas,
 se aprovechan de la lengua,
 pues es do las manos callan ;
 pero aquí que hablan las manos,
 ven, y verás cómo habla
 el que delante del Rey,
 por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe,
 con tanta cólera y rabia,
 que donde pone la pluma
 el delgado papel rasga.
 Y llamando á un paje suyo,
 le dijo: «Vete á la Alhambra,
 y en secreto al moro Zaide
 da de mi parte esta carta;
 y dirásle que le espero
 donde las corrientes aguas
 del cristalino Genil
 al Generalife bañan.»

XIII

Tarfe

(Anónimo)

—Católicos caballeros,
 los que estáis sobre Granada,
 y encima del lado izquierdo
 os ponéis la cruz de grana;
 si en los juveniles pechos
 os toca de amor la brasa,
 como del airado Marte
 la fiereza de las armas;
 si por las soberbias torres
 sabéis volar una caña
 como soléis en la vega
 furiosos volar las lanzas;
 si como en ella las veras
 os place el burlar de plaza,
 y os cubris de blanda seda
 como de ásperas corazas:

seis sarracenas cuadrillas,
 con otras tantas cristianas,
 el día que os diere gusto
 podremos jugar las cañas;
 que no es justo que la guerra,
 aunque nos quemáis las casas,
 llegue á quemar los deseos
 de nuestras hermosas damas;
 pues por vosotros están
 con nosotros enojadas,
 por vuestro cerco prolijo
 y vuestra guerra pesada.
 Y si tras tantos enojos
 queréis gozar de su gracia,
 como á la guerra dais treguas,
 dadlas á nuestras desgracias:
 que es grande alivio del cuerpo
 y regalo para el alma,
 arrimar la adarga y cota,
 y echarse plumas y banda;
 y al que mejor lo hiciere
 doy desde aquí mi palabra,
 en señal de su valor,
 para que viva su fama,
 de atar á su diestro brazo
 una empresa de mi dama,
 dada de su blanca mano,
 que es tan bella como blanca.—
 Esto firmó en un cartel,
 y lo fijó en una adarga
 el valiente moro Tarfe,
 gran servidor de Daraja,
 en las treguas que el Maestre
 de la antigua Calatrava
 hizo por mudar de sitio
 y mejorarse de estancia;

y con seis moros mancebos,
 de su propia sangre y casa,
 y algunos Abencerrajes,
 se le envió á la campaña.
 Recíbenlos en las tiendas,
 y sabida su demanda,
 dando el Maestre licencia
 se aceptó para la Pascua.
 Y respondiendo al cartel
 con razones cortesananas,
 hasta salir del real
 á los moros acompañan.
 Cesan las trazas de guerra,
 y los que del juego tratan
 cierran la puerta al acero,
 y ábrenla al damasco y galas.
 Moros y moras se ocupan,
 mientras el plazo se pasa,
 ellos en correr caballos,
 y ellas en bordarles mangas:
 y los dos competidores
 de la pendencia pasada,
 hacen paces entre sí,
 y olvidan cosas pasadas.
 Viendo Almoradí, el galán,
 que Tarfe se le aventaja,
 y que es señor de la mora
 que es señora de su alma,
 porque en público ó secreto
 cien mil favores le daba,
 dando á entender que le quiere
 más que á su vida y su alma,
 una noche muy oscura,
 para el caso aparejada,
 se salió el gallardo moro
 al terrero de la Alhambra.

Y en llegando, que llegó,
 vió una mora á la ventana,
 á quien con joyas tenía
 de muy atrás granjeada:
 hablóla, y dijo: — «¿Señora,
 es posible que Daraja,
 aunque no me canse yo,
 de maltratarme no cansa?
 Aquellos ojos que tienen
 más que el cielo estrellas, almas,
 cuya luz mata más moros
 que el Maestre con su espada,
 ¿cuándo los volverá mansos?
 ¿Ó cuándo volverá mansa,
 dejando á Tarfe que tiene
 menos manos que palabras?
 Que no soy yo como él,
 tan cumplido de arrogancias;
 pues lo que él gasta en decirlas,
 gasto yo en ejecutarlas.
 Bien saben en la ciudad
 que por mi brazo y mi lanza
 ha sido mil veces libre
 de la potencia cristiana. —
 Esto Almoradí decía,
 cuando Tarfe, que llegaba,
 dió el oído á las razones,
 y el brazo á la cimitarra.
 Figurósele al valiente
 alguna cristiana escuadra,
 y dejando la marlota
 volvió al moro las espaldas.
 Salió Daraja al ruido,
 conoció á Tarfe en el habla,
 el cual le dió la marlota,
 que era azul, con oro y plata.

XIV

Reduán

(Anónimo)

«¡Diamante falso y fingido,
 engastado en pedernal!
 ¡Alma fiera en duro pecho,
 que ninguna fiera es más!
 ¡Ligero como los vientos,
 mudable como la mar!
 ¡Inquieto como el fuego
 hasta hallar su natural!
 ¡Si las lágrimas que vierto
 fueran lenguas para hablar,
 injurias me faltarían
 para culpar tu maldad!
 ¡Qué injurias podré decirte!
 Mas no te quiero injuriar;
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.
 Á todas dices que son
 las que contento te dan,
 para tu gusto mentira,
 y que yo soy tu verdad;
 y con esto piensan todos
 que debo á tu voluntad
 cuantos caminos emprendes
 para que te deba más.
 ¡Si como yo conociesen
 tu condición natural,
 á otro blanco mirarían,
 adonde tus flechas van!
 Yo sé, traidor, que estas quejas

muy poca pena te dan,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.
 Cansado estoy, enemigo,
 de sufrir y de llorar
 causa agena y propios daños,
 tu placer y mi pesar.
 Mis enemigos acoges,
 porque al fin conoces ya
 que cuando no puedan obras,
 palabras me matarán.
 Sospechas dudosas fueron
 causa de todo mi mal;
 y celos averiguados
 convaleciéndome van.
 Al cielo quiero dar voces;
 pero mejor es callar,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.»
 Así Fátima se queja
 al valiente Reduán,
 en el jardín de la Alhambra
 al pié de un verde arrayán.
 El moro que está sin culpa,
 aunque no sin pena está,
 asíóle la blanca mano,
 y así la comienza á hablar:
 —Cesad, hermosas estrellas,
 que no es bien que lloréis más,
 que si á mí me llamáis piedra,
 en piedras hacéis señal;
 y no penséis que me agravo
 de injurias que me digáis,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.

XV

Boabdil y Zara

(Anónimo)

La mañana de San Juan
salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
con sus más queridas damas,
que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas:
sus almaizales bordados,
con muchas perlas sembradas,
descalzos los albos piés,
blancos, más que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
no como suelen tocadas,
y mas al desdén la Reina,
por celosa y desdeñada;
la cual llena de dolor
no dice al Rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasión
su pena sea declarada.
Estando de varias flores
las moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
á todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, juntaros,
porque sois amigas caras,
para quejarme á las tres
de cómo me trata Zaida,
cuya hermosura pluguiera
á Alá que no la criara,

pues en ella está mi daño
presente de cara á cara.
Sabréis cómo el Rey la quiere
más que á la vida y el alma,
de dó resulta mi daño,
pues veis con él soy casada;
el cual no creo que sabe
que sé de esto lo que pasa,
antes entiendo lo sufre
receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada
y á veces con el color
que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
quién soy por toda Granada,
dañáranme tus locuras,
mujer inconsiderada.
Jamás, Reina, me has creído
antes escudriñas causas,
más para mi mal durables,
que lo son para tus ansias.
Doyte bastantes razones,
y tan bastantes, que basta
creer que no son creídas,
aunque las ponga en la plaza:
y en ellas te digo, Reina,
que no fueras coronada,
que no me es más ver al Rey
de que á ti celosa airada.
Si piensas que tu corona
codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
ó saldréme de Granada.—
Pero el Rey que no dormía,
antes bien las escuchaba.

sale diciendo que callen,
con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
encubrió el estar turbada,
y con un aplauso afable
le recibe, y así habla:

—Nunca suelen los galanes
entrar donde están las damas
sin que primero licencia
por ellas le sea otorgada.—

El Rey le replicó luégo:

—Á mí nunca me es vedada,
ni ha de ser donde estáis vos
y donde están vuestras damas.—

—Los reyes todo lo pueden,
respondió la Reina airada,
y también sé yo que tienen
algunos dobles palabras.—

El Rey gustó de callar
porque la vido enojada,
y metiendo otras razones
se fueron para el Alhambra.

XVI

✦ El alcaide de Molina

(Anónimo)

Batiéndole las ijadas
con los duros acicates,
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo,
que tras de sí deja el aire,
por la plaza de Molina

viene diciendo al Alcaide:

«¡Alarma, capitanes,
»suenen clarines, trompas y atabales!»

Dejad los dulces regalos,
y el blando lecho dejadle:
socorred á vuestra patria,
y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
dejad el amor suave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Anteponed el honor

al gusto, pues menos vale,
que aquel que no le tuviere,
hoy aquí podrá alcanzalle;
que en honradas ocasiones,
y peligros semejantes,
se suelen premiar las armas
conforme el brazo pujante.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrazad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfange:
haced rostro á la fortuna;
tal ocasión no se escape;
mostrad el robusto pecho
al furor del fiero Marte.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Á la voz mal entonada,
los ánimos más cobardes,
del honor estimulados,
ardiendo en cólera salen
con mil penachos vistosos
adornados los turbantes,